

Bajo el escondido sol del otoño

Todo estaba pensado. Ya nada tenía que pensar. Eran las cinco y media de la tarde.

Mauro Sánchez, agazapado en el matorral, abrazando su carabina, acechaba la vuelta del atajo por donde solía pasar todos los días Ceferino Belmonte, a las seis de la tarde, cuando iba para su casa.

¡Todo estaba pensado ya!

Mauro dispararía, distante a ochenta pasos, del corte caminero que da la vuelta al Cerro Pajoso.

Allá, el camino solitario y silente.

Aquí, el matorral encubridor y escondido.

Por allí pasaría Belmonte.

Por aquí dispararía Mauro.

"¡Las pagarás todas juntas!" se había dicho, y estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Algún tiempo atrás, en una tienda de aperos y armería adquirió la carabina, cuya posesión mantuvo ignorada para todos, oculta en el monte, bajo unas cortezas.

¡Todo estaba pensado ya! No cometería torpeza alguna que pudiera delatarlo. Para eso había calculado todos sus planes hasta la saciedad.

Y ahora, sentado sobre sus talones, acariciando el arma, esperaba sin apartar la vista del recodo del camino.

Había decidido matar a Ceferino Belmonte, y para matarlo estaba allí inmovilizado como un monolito.

"¡Las pagarás todas juntas!"

Se escondía, grande y rojo, el sol del otoño.

Por fin, allá, al despuntar la vuelta del Cerro Pajoso, con un fondo luminoso de celajes, apareció la silueta del otro.

Mauro miró su reloj. Eran las seis en punto de la tarde.

¡Cumpliría su palabra!... Era cosa de unos segundos.

Empezó a sentir apresuradas sus palpitaciones, y se enfadó con su débil corazón.

Frente a él, a dos palmos, vio un racimo sazón de guindas; arrancó unas cuantas y se las echó a la boca. Luego las escupió... porque no eran guindas.

Aquél había llegado al lugar elegido para su muerte.

Éste se puso la culata al hombro, sostuvo la respiración apuntando con toda precisión y disparó. El eco dio cuenta del carabinazo.

Aquél se llevó las manos al pecho y cayó con violencia, rodando luego por un pequeño declive, donde quedó boca abajo, hundido en el polvo.

Mauro Sánchez se alegró de haberlo matado, y comenzó a ejecutar su plan de regreso.

Bajó por un despeñadero hasta la orilla del río, en cuya profundidad arrojó la carabina. Halló luego la canoa, que días antes había escondido entre las breñas de la ribera, y la puso a flote.

Remó. Remó con toda la fortaleza de sus músculos, hasta alcanzar la ribera opuesta; abandonó la diminuta nave a la voluntad del río, y se internó en la selva.

Ahora iba lento y sosegado, como si nada hubiera ocurrido. No pensaba siquiera en lo que había hecho. Eso lo dejaba para después.

Un pájaro grande le siguió largo rato, saltando de árbol en árbol, hasta que se cansó de aquel hombre sin importancia.

El hombre sin importancia atravesó la selva, salió a un pastizal, después al camino carretero, ancho y llevadero.

Llegó a su casa, jubiloso. Nadie había. Envolvió una porción de tabaco picado en un recorte de papel y le dio fuego, chupándolo hasta colmar los pulmones.

¡Nadie lo había visto!

Se echó sobre la hamaca, y sopló una columna de humo, haciendo volutas con delectación.

Entró la noche.



Iba caminando a paso lento, bajo la noche y entre los grillos.

Resolvió desembarazarse en el camino del cúmulo de pensamientos, pero la carga se le hizo más pesada con una angustia que no supo por qué, se le gravitó encima. Perdió la serenidad conforme se acercaba al grupo de sus amigos.

Tuvo la impresión de que llevaba marcada en su semblante la terrible verdad que quería encubrir; también el temor de que sus propios ojos lo fueran a delatar. Sintió miedo de que él mismo, y contra su propia voluntad, fuera a contarlo todo, presa de una turbación.

Quiso arrancarse aquellas emociones... pero ya no pudo. Nuevos temores corrolan su alborotada existencia.

"¿Alguien veía el humo de pólvora?... ¿Alguien le veía bajar por el despeñadero? ¿Arrojar la carabina al río? ¿Remar en la canoa? ¿Echarla a la deriva? ¿Atravesar la selva? ¿Cruzar el pastizal?"

Aquel pájaro grande que lo siguió largo rato, ¿sería capaz de contar algo?..."

Se rió. Luego se asustó de oírse riendo.

"No, nadie lo sabía. Todo fue un acierto. ¡Era preciso matarlo!... y ahora Ceferino Belmonte es un cadáver, tirado a la vuelta del Cerro Pajoso."

Miró el reloj. Eran recién pasadas las ocho.

Y con las manos en los bolsillos, con aire indiferente entró en la comisaría. Estaba lleno de gente. Saludó a los presentes destacándose el sombrero de palma con ala ancha, y se fue a sentar en un ángulo de la espaciosa habitación, sobre unos cajones con mercaderías.

Encendió un cigarrillo y, al levantar la vista, notó que varios de ellos lo miraban con marcada insistencia.

Un ardor de sangre lo recorrió, atropelladamente, todo el cuerpo.

Observó que entre los concurrentes se había hecho un silencio cruel. A las miradas de unos, se unieron las de otros, y otros más.

Tembló.

Se le helaron las manos y comenzó a transpirar.

Algunos hombres comentaron algo en voz baja, mientras lo miraban de soslayo con aire misterioso. Después... ¡nadá!...

Se oía el silencio.

Mauro creyó necesario sonreír. Fue una risa dolorosa, estrujada por el miedo. Notó que le temblaban los ángulos de la boca. Se dio cuenta de que no tenía fuerzas para hablar ni para moverse; que no tenía valor, ni siquiera para quedarse allí mismo inmóvil.

El jefe de la Comisaría acababa de entrar y, Mauro Sánchez pudo oír que dos o tres voces, repelían lo mismo:

—A usted le toca decirselo.

El Jefe de la Comisaría se adelantó con paso lento en dirección a Mauro, seguido de algunos hombres.

En aquel momento Mauro reaccionó... ¡Lo negaría todo! Además, nadie podría probarle nada porque... ¡no hubo error alguno! ¡Estaba seguro!

Levantó la cabeza, colmó su periferia corpórea con aire de dignidad.

—Mauro —dijo el Jefe de la Comisaría—, venga usted conmigo.

Y ya afuera de la Comisaría, con voz piadosa:

—Hará poco más o menos dos horas, mataron a su hermano en la vuelta del Cerro Pajoso.

Luis Urquieta Molledo

Se dirigió a la comisaría, igual que todas las noches, a charlar un rato con los labriegos.

Allí, posiblemente se comentaba ya el asesinato de Belmonte.

Mauro debería escuchar la noticia con asombro. Quizá reprocharía indignado el crimen. Quizás agregaría luego con fingida tristeza: "¡Pobre Belmonte!... ¡No hay derecho para matarlo!..."

